

Por la gracia de Dios soy lo que soy.

I Cor. 15: 10

Amados compañeros de milicias ministeriales, candidatos al sagrado ministerio, fieles creyentes en Jesucristo, amigos y compueblanos: En esta ocasión en que nuestra iglesia madre abre sus brazos para darnos tan fervorosa acogida, queremos expresar a la congregación y a su oficialidad nuestro más profundo aprecio por tan simpático acto.

Corría el año de 1922. En aquella fecha esta iglesia presbiteriana de San Sebastián despedía al Pdo. Antonio Pagán que había sido trasladado al pueblo de Isabela. Tocaba el órgano un joven de apellido Torres quien a su vez dijo unas palabras de adiós al reverendo Pagán. Una señora, que hoy se encuentra muy enferma en San Juan, llevó de la mano a un niño recién llegado del campo. Era la primera vez que tal personaje asistía a una iglesia, me refirió al niño, pues la señora hacía tiempo que había conocido el evangelio. La iglesia, o mejor dicho el templo, se alumbraba con una lira, o un farol, pues en aquel entonces no había luz eléctrica en este pueblo.



Aquel niño, tímido, con todas las reacciones de un jíbaro, bastante azorado, lo era yo, quien ~~tengo~~ <sup>tiene</sup> el honor de dirigirse a Uds.

No hay nada tan impredecible como la persona humana. En el marco de la historia, uno nace, pero no escoge el sitio donde ha de nacer, como tampoco escoge a sus padres. Uno no escoge el color de sus ojos, ni la estatura, ni los años que va a vivir. Aun después de nacido no son muchas las opciones, pues uno vive una libertad restringida. Cada uno de Uds. ya viene limitado para la existencia, hacen muchas decisiones la mayor parte de las cuales no pueden llevar a feliz realización.

No obstante en los años que uno vive hay cosas que se realizan, conquistas que se obtienen, victorias que aparecen y hechos negativos que apocan a los espíritus.

Muchas veces, en momentos de meditación a solas allá en mi hogar, como seguramente lo habrán hecho mis compañeros aquí presentes, y también Uds. que me escuchan, recuerdo mi pasado.

Nací en el barrio Guajataca donde las



facilidades para educarme eran prácticamente ningunas. Lo máximo que una persona podía obtener era hasta el tercer grado de escuela elemental. Después, la oportunidad se cifraba en el manejo de la azada y de la corba. La tierra, siempre generosa, se prestaba para la siembra y así se continuaba hasta el final de los años.

Pero sucedió lo impredecible. Mi familia se mudó al pueblo. Continué los estudios. De sexto me saltaron a octavo grado.

Una noche, siendo ya miembro de esta iglesia, llegué temprano al templo, para el estudio bíblico que se daba los miércoles. Me puse a tocar el órgano con un dedo, tratando de sacar un himno. El ministro se me acercó y me dijo si me gustaría ser predicador de la palabra. Aquello me entusiasmó y le dije que sí.

Continué mi educación, lo cual aún sigo hasta el día de hoy, pues no he dejado de estudiar.

Un día, estando frente a la Universidad de la Sorbona en París, pensaba cuando yo estaba en primer grado en una escuela de campo en Guajitaca. Luego pasé a la Universidad de Bertin, Alemania, y a la de Juan Calvino en Suiza, lo cual ahondaba



en mí el recuerdo de mis primeros maestros. Más tarde, caminaba por Roma, frente al Coliseo, por la vía Appia. Y fué allí donde recordé que hubo un hombre que también pasó por aquel lugar. Y vinieron a mi memoria sus palabras: Por la gracia de Dios soy lo que soy. Aquel hombre era el Apóstol San Pablo.

Todo lo anteriormente dicho nos lleva a la más seria reflexión de lo que le da sentido y significado a la vida de los seres humanos.

Los hombres y las mujeres tenemos aspiraciones de llegar a grandes metas, de ocupar lugares de valor en los medios en que vivimos. Hay un anuncio comercial por televisión que presenta un niño dormido que sueña que él es el piloto de uno de los aviones más grandes del mundo. Es que eso deseamos ser, el piloto de grandes empresas en los diversos actos de la vida.

Pero las limitaciones que nos encontramos en el camino son muchas y difíciles. Cuando el ser humano llega a la conclusión que no sirve para nada, cuando carece de luz y de esperanza, terminan por suicidarse o por convertirse en una crápula humana.



Hay cuatro condiciones generales que van definiendo lo que es cada uno de nosotros. Ellas son la temporalidad, el ser en otro, el devenir y el estado final. Entremos en el análisis de cada uno de ellos.

Cuando se habla de temporalidad nos referimos al tiempo. Las personas vivimos un tiempo limitado. Ya la Biblia presupone que la vida del hombre y de la mujer es como la flor del campo, que por la mañana florece y a la tarde se marchita y se seca. Salmo 103: 15-16. La existencia en el tiempo oscila entre un segundo y ochenta años, pero ya estos últimos, para quien llega es de quebrantos y dolores. ¿Qué implica esto? Todo lo dicho hasta aquí nos recuerda a Jorge Manrique, quien en sus coplas dice:

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando,  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.

Esta limitación temporal indica que los seres humanos debemos hacer lo máximo en los años que le toca vivir y que no son muchos. Eso sí, hacer lo máximo constructivo.



va y creadoramente.

Desgraciadamente, viven entre nosotros los que nada hacen, los que destruyen, los que nunca debieron haber nacido. Sin embargo nadie está exento de tener debilidades, pero si sabe conquistarlas será una fuerza positiva en nuestros medios. Uno, se reforma o se muere, al decir de Urquiza.

La segunda condición del ser humano, además de vivir en lo temporal, es ser en otro. Los humanos, al decir de Aristóteles, somos seres sociales. En la iglesia, cada creyente no vive sólo, sino con su hermano. Cristo dijo que Él estaría donde estuviesen reunidos dos o tres en su nombre. Por tal razón la iglesia es la gran familia, comunión de los santos. Tiene la gran ventaja que es una familia de unos que se fueron, otros que vinieron y otros que vendrán. Cuando yo miro hacia esos bancos me parece ver a tantas personas que hoy moran con el Señor. Pero han venido otros. Y así, de aquí a varios años vendrán otros. No obstante, no ha sido una familia perfecta, pues en la iglesia están y estuvieron muchos individuos que no desearon permanecer en ella. Pero a los fieles nadie podrá conmovier.



Como tercera condición, los seres humanos somos un devenir. Todos los días estamos en un cambio y sujetos a varias circunstancias. En otras palabras, uno se va haciendo todos los días. La constitución o estructuración que nos caracteriza va de transformación en transformación, de modificación en modificación, de modo que lo que éramos ayer ya no lo somos hoy.

A pesar de que nos suceden las cosas arriba mencionadas, has de saberse que ahí no termina la historia del hombre y de la mujer. Este punto es de tan gran importancia que lo discutiremos más extensamente que los anteriores. Este cuarto punto se refiere a nuestro destino final.

La base para definir lo que somos y a dónde vamos no es el tiempo, no es la sociedad, no es el cambio perenne a que todos estamos sometidos. Estas cosas son parte del peregrinaje por la tierra, pero que no deciden la teología del ser humano, o sea, el fin del hombre y de la mujer en términos de lo último.

La persona que pudo abundar sobre este asunto se llamó Pablo de Tarso.



Precisamente, este filósofo de la fe cristiana representa aquellos que han vivido en el tiempo con todas las ventajas de ser hijo de una familia muy distinguida.

Etnicamente era un judío de la mejor tribu, la de Benjamín. Políticamente pertenecía a las fuerzas interventoras en Palestina, como ciudadano romano, condición que le distinguía. Educacionalmente, tuvo una gran preparación académica, habiendo estudiado a los pies de los mejores maestros, tales como Gamaliel. Frequentó la Universidad de Tarso. Hablaba el arameo, el latín y el griego. Conocía los sistemas filosóficos de su época lo cual le capacitó para hablar en el Monte de Aris con los grandes pensadores. Era estoico en parte. Estaba familiarizado con las religiones de misterios de su tiempo, tales como el culto a Isis y a Osiris, en suma, era un intelectual por excelencia.

He aquí un hombre dotado de inteligencia, de bienes, de prestigio, pero su vida estaba incompleta. Es más, era un desesperado. Dice en la Carta a los Romanos:  
y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien, porque el querer el



el bien está en mí, pero no el hacerlo -  
Rom. 7: 18. Así que queriendo yo hacer el bien,  
hallo esta ley: que el mal está en mí.

Rom. 7: 21. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará  
de este cuerpo de muerte? Rom. 7: 21.

Si el tiempo no es más que una fugacidad,  
aunque importante como condición de nuestro  
ser pero no como el que decide el fin de la  
existencia; si un factor de nuestro ser es la vida  
como seres sociales, esto es, ser en otros; si el  
devenir nos lanza a los incasantes cambios  
de los cuales nadie es escapable; quién deci-  
dirá nuestro punto final? El Apóstol Pablo  
resume todo esto cuando dice: Prosigo, por  
ver si logro asir aquello para lo cual también  
fue asido por Cristo Jesús. Fil. 3:12. Hermanos,  
yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado;  
pero una cosa hago; olvidando ciertamente  
lo que queda atrás, y extendiéndome a lo  
que está ~~delante~~ delante, prosigo a la meta. Fil. 3:13

Quien a de decidir la cuarta etapa de cada  
uno de nosotros, o sea, nuestro destino final  
lo es nuestro Señor Jesucristo. Quien ha hecho  
posible que por medio de la fe seamos  
lo que hemos llegado a ser lo ha sido  
Jesucristo. En él contemplamos esa di-  
mension que se llama la eternidad.  
Eternidad no quiere decir, tiempo sin



límites, sino una dimensión de vida injertada en lo que es Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo.

Yo he corrido la mitad del mundo y me he estasiado observando sus maravillas, yo he frecuentado los lugares ~~mas~~ intelectuales más sobresalientes de mi país, los de Alemania, Francia, España, Suiza, Estados Unidos y muchos en Sur América, he enseñado en universidades y en seminarios, he leído las obras cumbres de grandes autores en varios idiomas, tengo mi casa adornada con tantos reconocimientos que me han dispensado, pero nada de eso va a determinar lo que yo seré finalmente. Por la gracia de Dios, he recibido muchas bendiciones. Pero todo lo que soy lo debo a Jesucristo, el cual se me dio a conocer desde la noche aquella que una prima mía me trajo a esta iglesia en la despedida de un pastor.

El Cristo que venció a la muerte, es el que nos provee el medio de que seamos como Él. Si yo no lo hubiera conocido, es posible que hoy fuera un buen médico, quien sabe si con esta gran carrera, pero viviendo terribles agonías. Yo deseaba ser médico. Pero hoy soy paciente del Gran Médico, que cuando en su voluntad y sabiduría



no cura mi dolencia, me da fuerzas para sobrellevarlas, pues las enfermedades se dan en el espacio y en el tiempo, y Cristo es el dueño del espacio y del tiempo. Quizá hoy sería ingeniero, ya que siempre pude distinguirme en las matemáticas y en las ciencias. No obstante, puede que hubiera sido un ingeniero frustrado. Hoy soy ingeniero del gran arquitecto del Universo; Quién sabe si hoy yo fuera pintor, ejecutando en el tiempo o por otros medios de expresión artística los más hermosos países! Pero hoy soy artista de la vida que se esconde en Cristo. Con todo el inmenso valor que tienen esas cosas que he mencionado, y que son de tan gran utilidad en la categoría del espacio y del tiempo, creo firmemente que el honor mayor que Dios me ha concedido es que sea ministro de su palabra. Interpreto que esto constituye el honor mayor de mis compañeros y candidatos al ministerio que me acompañan en esta noche.

### Anécdota del farolero

En nombre de mis compañeros, de mis familiares y los de ellos deseamos expresar a toda la iglesia nuestro más profundo agradecimiento por la cele-



bración de este acto, como la expresión de un pueblo que se regocija al regreso de los embajadores de Cristo, por la gracia del cual, somos lo que somos.